



LO DEL DIA
CHARRETERAS

AÑO II
 N.º 61
 Abril 28 de 1895
PRECIOS de SUSCRICION
 Montevideo y Departamentos
 Un mes \$ 1.00
 Seis meses » 5.00
 Un año » 9.00
EXTERIOR
 Los mismos precios, en moneda equivalente,
 con el aumento del franqueo
 Número corriente 30 centésimos | Número atrasado 40 centésimos
 De venta en las principales librerías
 SE PUBLICA LOS DOMINGOS
Oficinas Provisorias: calle Uruguay 301
 MONTEVIDEO



CARLOS—Y ¿que tal, Melian?
 Conque creías, deveras
 dejar ya sin charreteras
 á Oribe? ¡Pues aqui están!
 MELIAN—¡Cosas inventadas!
 Yo no las hallé
 —¡Y porfial
 Ya bien ves que las tenia
 —Pues las tendría... empeñadas

Lit. Tip. La Sud-Americana, calle Treinta y Tres, 91.

SUMARIO

TEXTO—«Zig Zag», por Arturo A. Gimenez—«Niño», por Luis Aornsená—«Para Ellas», por Alina Doré—«Santificar las fiestas», por S. Dealla—«Teatros», por Re Bemol—«La peluca», por Miriam—«Entre dos Fuerzas», por Arturo A. Gimenez—«Menudencias»—«Avisos»

GRABADOS—«Lo del día», Charreteras, por Wimplaine—«Para Ellas», (Retrato de niña), por Aurelio Gimenez—«El bolsazo», por Wimplaine—«La gracia ajena», (Tres al saco)—«La fuente mágica», por Rojas, y varios intercalados en el texto, por Gimenez.



Claro; ya era tiempo de que nos viniera alguna ayuda del cielo, pues que la tierra se iba poniendo insoportable.

Porque esto es la verdad. De pronto, el agua se echaba sobre la tierra como ciertos señores de la política sobre el Presupuesto, y el ser humano que se echaba á la calle sin traje de buzo, ó quedaba cadáver ó volvía pez; luego, tras la inundación se echaba el sol de paseo por esos espacios celestes y freía al ser convertido en pez, dejándole como único recurso el de ponerse en exposición en algun mostrador de fonda; por último se secaba el suelo, largábase el viento de carrera, levantaba el suelo en polvo, y volvía uno con medio globo terráqueo sobre su individuo.

Felizmente el cielo, que nos veía sumidos en la desgracia y en el agua á cada rato, padeciendo bajo el poder de Poncio Idiarte Borda y compañía, se decidió á intervenir, y nos mandó la Virgen de la Ayuda.

Es decir, la virgen vino de Milan; pero tratándose de una virgen milagrosa debe siempre suponerse que ha partido del cielo con escala en aquel punto.

Y la jente acudió á ver el portento y se encontró con un señor don Marcos que aunque sin haber recibido las órdenes mayores ni menores, ni órdenes de nadie, ejercía las funciones de sacerdote del nuevo santuario.

Y se supo que la Virgen de la Ayuda efectuaba sus milagros por intermedio del aceite.

Esto sabido, echóse Don Marcos á expender aceite haciendo fuerte competencia al almaceñero del lugar á quien no se le había ocurrido tan lucrativa idea.

Y henos aquí con una nueva aplicación de este utilísimo jugo.

Hasta ahora, solo se empleaba para los fritos, ensaladas, y para hacer la primera cura á los perros enfermos, pero ahora es otra cosa; hay multitud de jentes que se han dado á usar el aceite de Don Marcos, y digo de Don Marcos porque parece ofensa cargarle la cosecha á la virgen.

Yo conozco uno que lo ha usado.

—¡Qué quiere usted! me decía—Los enfermos somos así.—Yo, aunque bizco sufro dolores atroces en el occipucio y resolví tratarme por el aceite ese.

—¿Y le ha sentado á Vd. bien?

—No, no me ha sentado; me ha acostado durante ocho días. Me echó á la cama.

—¿Cómo fué eso?

—Ahí verá usted. Yo no podía bebérmelo así, puro, porque me hacía el mismo efecto que á los perros cuando se lo administran para que arrojen la bolilla. Era probarlo, y echar un restaurant por la boca. Y luego, que andaba hediendo como una lámpara vieja.

—¿Y qué ha hecho usted?

—Pues... aunque estaba un poco turbio, me hice freír en él un par de huevos. Pero ni por esas.

—Arrojó usted el aceite.

—Arrojé los huevos.

Esto no obsta para que los creyentes abonen con hechos y dichos la milagrosa virtud de la Virgen, y compren el aceite maravilloso, que ha de curarles todos sus males; nueva panacea que vá á hacer hacer un triste papel á la Emulsión Scott y al Ungüento Holloway.

Porque esto sin duda vá á echar por tierra toda la farmacopea moderna; hay quien se lo administra esteriormente para dolores en la rabadilla; interiormente á la esposa que está resentida de los riñones; é interior y exteriormente y por todos lados, á un chico sordo y tartamudo que no parece, cuando habla, sino que tiene la lengua partida en unos cuantos trozos. No falta quien se lo ponga en el pelo, contra la calvicie y existe quien se lo echa en los piés, como eficaz remedio contra la callitis aguda y abultada.

En fin, que si la Virgen no fuera verdaderamente milagrosa, de fijo muchos hubieran ya fallecido.

No obstante, la fama de los milagros de la nueva Santa no se ha extendido mucho, quizá porque hoy los milagrosos *non sanctos* vá quitando mucha atención á los santos milagrosos.

Y es claro; la jente se acostumbra y no le encuentra mérito.

Nosotros, por ejemplo, á quien Don Juan Presidente nos deja á cada rato entes con un milagro de bulto, no le hallamos ya novedad á la cosa.

Y que los ha hecho ¿eh? Ahí tienen ustedes á Don Pedro Idiarte Borda, que tocado de pronto por la gracia, apareció milagrosamente convertido en Coronel.

¡Pues! Y el milagro de la multiplicacion de... las casas?

Don Juan no tenia más que su pellejo con los correspondientes apéndices incluso la verruga y Brian. De pronto, se produce el milagro y resulta propietario por partida triple.

Eso sí; hay que confesar que milagros de multiplicacion ha hecho muchos. Felizmente, según el Ministro de Gobierno, no se ha producido ninguno de sustraccion.

A pesar de todo esto, la Virgen milagrosa ha llamado la atencion, lo cual demuestra que la jente no se cansa de milagros.

Inútil es querer apearles de su fe.

—Pero hombre,—decía ayer un sujeto á otro. Me parece que eso de que la virgen ejecute sus milagros por medio de una simple grasa...

—Bah... Es un medio como cualquier otro...

—Pero es un medio curioso de ser tocado por la gracia.

—Es cuestión de una letra más ó menos.

—¿Cómo?

—Claro en vez de tocarle á uno la gracia, como antes, le toca la grasa y siempre es adelantarse.

Finalmente salió el decreto levantando las

cuarentenas.

Los que no se levantarán, de fijo, tan pronto, serán los que las sufrieron.

Las charreteras del General Oribe han dado que hacer.

El Dr. Melian Lafinur se empeñó en afirmar que no había llevado el general tales charreteras en Ituzaingó, y la dudase puso en pié.

A todos los que en estas cosas tienen interés, preocupó mucho la cuestión.

—¿Comment? exclamaba Monsieur le Ministre. Monsieur Oribe il no llevaba charreteras. ¡Oh! Mais c'est trop scoking; de mal gusto. Dans France, il serait punie! El sería castigado, au moins!

Don Juan Presidente se sorprendió mucho tambien con la noticia.

—¿Cómo? No tenía charreteras? ¡Hombre! Hubiera sido en mi tiempo y hago que la casa de equipos de Clodomiro le regale dos pares! ¡Qué barbaridad Oribe sin charreteras! ¡Qué tiempos aquellos! Ahora, ya se las hubiera yo dado pronto, como á mi hermano Pedro que hoy es tan Coronel como él!

Felizmente, el Dr. Dn. Carlos Ma. Ramirez, en un corto pero erudito estudio, dejó las cosas en su lugar, demostrando que Oribe tenía charreteras hasta para tirar, como las tiró.

Y todos, leyéndole, decían.

—Tiene razon; pues tiene mucha razón!

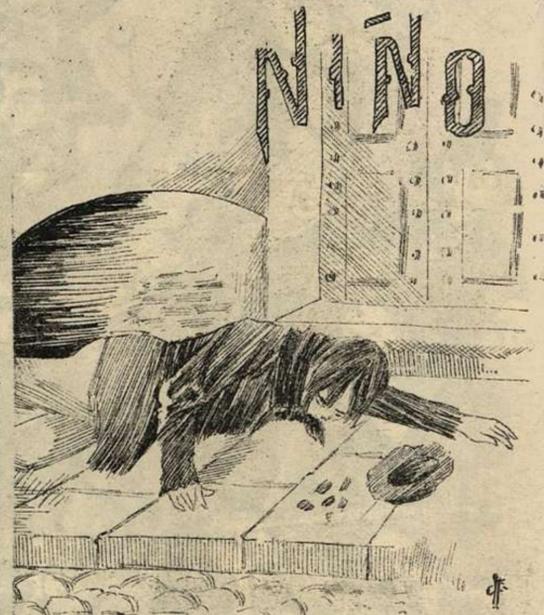
—Ya; dijo uno. Pues bueno fuera que no la tuviera un hombre que larga dos ediciones de *Razon* todos los dias!

La cuestion Ordeñana vá acallando sus ecos. —Todo ha quedado reducido, finalmente, á que este señor se vá de paseo con su familia, llevándose el estómago echado á perder, y un viático de quince mil pesos—decía un sujeto en el café.

—¡Quince mil pesos! Cómo dá jugo la vaca del Estado!

—Hombre; pues tratándose de vacas ¿concibe usted que le sacara poco jugo un hombre que se llama *Ordeñana*?

ARTURO A. GIMENEZ.



I

—¡Para un pedazo de pan! tendiendo la mano fría, un pobre niño pedía con la angustia del afán; y la gente á que imploraba no hacia al mendigo caso, y sin detener el paso un momento, se alejaba.

—¡Cualquier cosa por piedad! Inútil era su anhelo; aquella tarde en el cielo quedóse la Caridad, y ni un solo resplandor bajó á alumbrar al caído que sentía hasta el jemido helado por el pavor.

Vió aquel niño sin ventura ante sus ojos pasar la alegría, el bienestar y el hastío de la hartura; y en medio de aquel enjambre

de jente que sonreía,
era él solo el que sentía
la mordedura del hambre....

Pero, sin ceder jamás
y medio muerto de espanto,
repetía entre su llanto:
—Un centésimo, no más!

II

Llegó un hombre y le miró,
dióle lástima el chiquillo
y, echando mano al bolsillo.

—Toma—dijo, y se alejó
Besó la limosna el pobre.
¡Lograba por fin su empeño!....
¡Qué alegría! Ya era dueño
de una moneda de cobre!

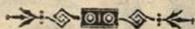
La suerte no es tan cruel
cómo la pinta el dolor....
Pasó en esto un vendedor
de molinos de papel,
y aunque el hambre le vencía,
niño, al fin, el desdichado
quedóse un punto embobado
mirando la mercancía....

¡Qué bonitos! ¡Qué portentoso!
¡Sus colores deslumbraban!
¡Jesus! ¡Qué vueltas daban
cuando los movía el viento!....
¡Tan ligero.... ¡Una! ¡dos! ¡tres!....
¡Imposible! ¡Un torbellino!....
¡Ah! Si él tuviera un molino!....
¡Qué gusto!.... ¡Medio real!.... Pues....

III

—¿De hambre, doctor? ¡Es cruel!
—De hambre señor Juez: es llamo....
—¿Y qué tiene en esa mano?
—¡Un molino de papel!

LUIS AMORENA.



PARA ELLAS



A muerte del queridísimo profesor nos ha impresionado dolorosamente. Dos generaciones de niñas, que hoy son ya verdaderas profesoras, se han educado con Alejandro Ugocioni, el maestro cariñoso é infatigable, que tanto en La Lira como en el Instituto Verdi,

tuvo la satisfacción de formar discípulos aventajados que más tarde honrarán á su inteligente profesor. Dejamos sobre su tumba este sincero recuerdo.



El otro día, paseando por la calle Sarandí, me detuve ante una vidriera, atraída por todas aquellas preciosas novedades de invierno, pieles, terciopelos, peluches, guantes, salidas de teatro, é infinidad de otros artículos de la estación que se nos viene con bastante rapidez. Enseguida tuve dos compañeras, dos niñas muy graciosas, que, en voz alta, sin temor á que se las escuchase, empezaron á hacer comentarios sobre todo aquello que lucía en la vidriera. Yo, aunque había visto y revisto demasiado lo que tenía delante, me hice la desatendida y escuché lo que ellas hablaban, lo cual estará mal hecho (convento en ello), pero me disculpa el motivo que me llevaba al nacerlo: poder decirselo á ustedes, é indudablemente les interesará.

Hablan ellas:
—La verdad que las modas están un poco tontas. No se sale de las mangas anchas, que serán muy bonitas, pero al fin cansan.

—Sí, pero parece que ahora se ván á usar de otra forma, es decir, la misma con una sencilla alteración. En vez de salir en forma abuchada hacia los cortados, como salen ahora, hasta la exajeración, serán un poco más anchas y con una especie de raya, una costura encorpada cruzando la manga de arriba abajo, tanto adelante como detrás, por el mismo medio. Lo mismito que una concha de mejillon que tuviese pliegues en los costados.

—¡Ah!
—Y el puño, en vez de tener el borde liso, será recortado en forma de onda ó de picos.

—Pues, hija, no sabía eso. Había oído hablar algo de las polleras. La campana no resucita más; unas dicen que volverá la cola ó tal vez ¿á que no te imaginas? el *polisson*.

—¡Qué horror!
—Lo que hay de cierto es que las polleras sencillas, rectas, hasta una cuarta y media del ruedo y después un poco abiertas, serán las que tendrán más aceptación por ser de mucho gusto y muy bonitas.

—¿Y de géneros no sabes nada?
—Sí; se usarán los *cheviots* con sedas terlisadas y motitas de colores; imitaciones de otamano también; velo de monja muy poco; terciopelo inglés, nada; terciopelo de seda y *peluches*, eso sí, mucho. Los géneros de brillo tienen mucha aceptación.

—¡Pues aquí los hay, y qué preciosos!... ¿Vamos á pedir unas muestras? ¡Ay son divinos, divinos!

—¡Cállate! Que dirá esa...
Recien se apercebieron de mi, y aunque de una manera un poco desdeñosa, yo las perdono y les doy las gracias por las noticias que me proporcionaron.

—Remuchísimas gracias, señoritas.

El Politeama, con su compañía Japonesa, ha obtenido llenos completos, asombrosos. ¿A quién no he visto allí? La platea, los palcos, eran jardines. ¿Y la cazuela? Un inmenso ramo desbordante de colores y hermosura, tan bello, tan deslumbrante, que el paraiso, sobre ella, no parecía sino una barra de carbon negro, tumultuoso

EL BOLSAZO



JUAN, el novio abandonado
(con voz de desesperado)
—«Conque te vas, y me llejas
y decías que me amabas!»
¡Ah pérdida! Me engañabas
y te ríes de mis quejas!

LA MUCHACHA, (con desden
y cara de hallarse bien)
—«Eras muy tonto, y razon
tuve al darte así la lata.
«¡Cuando de comer se trata,
se retuerce el corazón!»

EL OTRO NOVIO, con esas
miradas que son promesas).
—«No es verdad, anjel de amor,
que en esta apartada orilla»
aunque él ocupe la silla
sin él pasamos mejor?

JUAN, (lanzando plañideros
ayes, y haciendo pucheros).
Presentimientos inciertos
quitan á mi alma la fé.
«¡Qué solos, Dios mio! ¡Qué
solos se quedan los muertos!»

Pronto vendrá Ferrari. ¡Qué noches espléndidas entonces en Solis!

Que venga cuanto antes. ¿No es cierto amigas mías?

NUUESTRO FIGURIN — *Vestido*— Este vestido puede hacerse en terciopelo del Norte con vueltas de muaré bordado. Puede también hacerse de paño. La esclavina es formada por tres cuartos de círculo que dan 5 m. 32 c. de suelo. Antes de cortar, unir el terciopelo, por lo ancho por una costura muy fina. Forro de franela y de raso maravilloso. El cuello forrado de muselina.

ALINA DORE.

SANTIFICAR LAS FIESTAS

La Señora Teresa del Abono fué célebre, en sus tiempos, por hermosa, y es en la actualidad la más piadosa de todas las señoras de buen tono. Su devoción es tanta, que emplea su influencia omnipotente en la tarea santa de llevar á la gloria mucha gente, y siguiendo esta norma con el tesón de un padre misionero procura introducir una reforma que le cuesta disgustos y dinero.

Dos docenas de damas elegantes bajo su dirección llevan á cabo trabajos incesantes redimiendo al obrero, al pobre esclavo que, por causa de un amo descreído en su interés moral se perjudica porque no santifica las fiestas de guardar, como es debido.

Es el bello ideal de estas señoras un domingo sin obras ni jornales. Y bien se alcanza á la Doña Teresa que es muy difícil rematar la empresa; pero sabe también que poco á poco puede volverse cuerdo un pueblo loco. Y tanto ha predicado; tanta gente obedece á las damas elegantes, que más de cien negocios importantes se han cerrado por ellas solamente.

El domingo pasado levantóse á las diez doña Teresa, pidió el almuerzo, y al dejar la mesa, —Que enganchen el carruaje—dijo al criado. Pero pasó más tiempo del preciso para poner al tronco el correaje, —A ver! ¡Que suba Juan! dijo la dama irritada de verse mal servida. Y entró Juan, con la cara compunjada murmurando al entrar:—Señora ¿llama? —¡He pedido el carruaje hace una hora! gritó enojada ya doña Teresa; Y contestó el gallego:—¡Peru agora non puedo trabajar! Soy miembru de esa sociedad que preside la señora!

S. DEALLÁ.



Se anunciaron seis; luego se dió una más, siete, y llegaron hasta la función número ocho; y siempre con lleno completo, los demonios de japoneses! Los juegos, aunque no extraordinarios, son hechos con mucha limpieza y esto gusta á la jente, tanto más ahora que se quiere preocupar la atención pública con las cuentas del lazarero. Cosas del contraste y de la limpieza.

Pero es de advertir que

por la mitad tan solo de lo que da en una noche la boletería, hacia yo pruebas un semestre entero; que eso dá más que corregirlas en la imprenta durante diez años.

Como los juegos no se renovaban, la estadía de la compañía no ha podido prolongarse mucho; han decidido marcharse los japoneses.

No falta quien dé como razón de la partida el temor á la competencia de otros japoneses mucho más hábiles.

Se decía que Tajés andaba por aparecer de nuevo en escena...

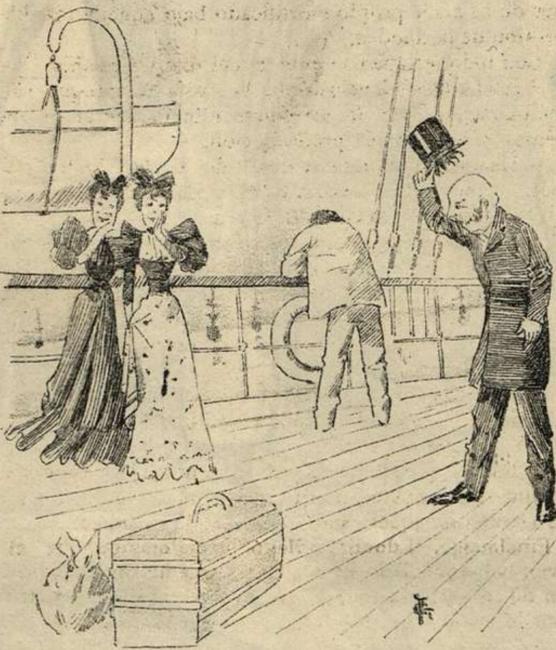


Ricardo Calvo ha muerto, enlutando de nuevo al teatro Español, que solo conserva hoy, robustas columnas que la ajitación de la vida teatral respeta, á Vico y á Marío.

Lo conocimos cuando vino con su hermano hace años ya, y aún está presente en el ánimo la majistral interpretación que dió al papel de *Pepito del Gran Galeoto*: entonces era un esperanza; muerto su hermano, ocupó su lugar y hoy era uno de los reyes del arte español.

Sin tiempo para más, damos su retrato que evocando recuerdos viejos y últimas noticias de grandes triunfos dirá más que nosotros.

RE BEMOL.



LA PELUCA

—¡Don Ramiro! que distraído vá Vd. que no saluda á los amigos.

—Hola, Julian, perdone Vd. es verdad que estoy preocupado.... venga, me alegro haberlo encontrado, Vd. que es mi amigo, joven y elegante....

—Por Dios, Don Ramiro, ¿que diablos vá Vd. á pedirme?

—Un consejo nada más, no se asuste.

—¡Ah! respiro. Veamos en que puedo aconsejar á usted?

—Pues ahí vá. Vd. no ignora que hace veinte años cuando vine de España á establecerme en Montevideo tenía treinta cumplidos. Pero lo que Vd. no sabrá es que dejaba allí mi corazón en las manos de una primita mia que era un bocado de rey. Prometi volver y ella prometió esperarme; pero no sé como fué, ni quién empezó, lo cierto es que dejamos de escribirnos sin motivo

alguno, y poco á poco todo quedó en agua de borraja. Pero, vea Vd. lo que son las cosas amigo Julian! yo que cuando joven me olvidé de Soledad (¡ay Soledad!) ahora que soy viejo me acuerdo de ella, vaya si me acuerdo!

—Y Vd. quiere que le diga....

—No hombre, no. No quiero que me diga nada; si ya eso me lo sé. Como que le escribí de nuevo, y reanudamos nuestros amores, y dentro de quince días llega Soledad y en seguida nos casamos, ¡si señor!

—Pues lo felicito, Don Ramiro, pero no sé en qué puedo aconsejarlo....

—Yo verá Vd. Cuando estaba en España tenía una cabellera, ¡que cabellera, amigo Julian! Todos mis amigos me la envidiaban, Soledad que era muy cariñosa, ¡vaya si lo era! se entretenía en acariciar mis rizos con sus deditos de nacar. «Mira Ramiro, solía decirme: de todos tus buenos puntos el que me gusta más es tu cabello.»

—Pero amigo no veo....

—¿Que no vé? Pues mire Vd.

Y Don Ramiro sacándose el sombrero mostró á su amigo Julian su cabeza redonda como un queso de Holanda, brillante, pulida; lisa, sin rastros de pelos. Era una calvicie completa, franca, sin hipocresía ninguna.

—Ya ve Vd. continuó Don Ramiro cubriéndose, ¿Cómo voy yo á recibir á Soledad con esta cabeza pelada? Aquí viene lo del consejo. Despues de mucho meditar he resuelto mandarme hacer una peluca, y el consejo que quiero pedir á Vd. es si me la mandaré hacer negra como era mi cabello ó canosa. Ya se vé, no soy un muchacho, tengo cincuenta años, pero, que diablos, no estoy decrepito, y en mi familia las canas son escasas, pues todos somos calvos; y cincuenta años no es gran edad que digamos, y estoy casi seguro que si tuviera pelo estaria aún todo negro, y.... vamos, ¿qué me aconseja Vd.?

—Mándesela hacer negra, Don Ramiro, que cuando entre Vd. en años ya encanecerá de por sí. Lo que si....

—Vaya, hombre ¿que quiere Vd. decir?

—Que tiene Vd. que tener mucho cuidado, Vd. es tan distraído, tan agitado, que á lo mejor se olvida que tiene peluca y corre el riesgo que se lo descubran.

—Oh! por eso esté tranquilo; es cierto que soy agitado y apurado; qué quiere, amigo, es la fuerza de la sangre, eso le prueba á Vd. que aun estoy en lo mejor de la vida. Pero en cuanto á la peluca no soy un nene para olvidarme que si me la pongo es para agradar á Soledad. A las mujeres, mi amigo, hay que darles golpes. Seguro estoy de que si Soledad me viera calvo me recibiría á carcajadas. En fin, Vd. me aconseja de usarla negra, ¿verdad? Me alegro. Yo tambien creo que es mejor, aunque no quise decirselo para no pesar en su decisión. Vaya, conque, gracias; en cuanto la tenga pronta iré á verlo, y Vd. me dirá cómo me sienta.

—Que tal, Julian, que le parece? Dígame la verdad.

—Soberbio, Don Ramiro. ¡Vaya una peluca más frondosa! Está Vd. rejuvenecido de diez años. ¡Ah Soledad! Suerte que llega pronto, que sinó, sabe Dios....

—Vaya, vaya, hombre. Vd. cree que yo haria caso.... no, no; para mí no hay más mujer que Soledad. No señor!

Don Ramiro ajitado, inquieto, de sobretodo, baston, galera y peluca, se encaminaba al puerto. Embarcóse en un vaporcito que se dirigió á un paquete recién llegado de Europa; iba á recibir á Soledad; cómo le palpitaba el corazón! Caminaba apurado de un lado á otro, lleno de inquietud y de esperanza. Más de una vez estuvo á punto de perder el equilibrio, en su carrera por el puente inseguro del vaporcito que se balanceaba mecido por las olas un tanto agitadas por el viento que de pronto se había levantado. Don Ramiro temiendo dar con su humanidad en el suelo, se sentó por fin, no sin tener que sujetar por sepetidas veces su galera, que á no asegurarla bien se hubiera llevado el Pampero.

Por fin se llegó al paquete. Don Ramiro alborozado miraba, miraba por todos lados por ver de distinguir á Soledad. Por fin la divisó! ¡Siempre la misma! Alta, morena, simpática, lo que si más desarrollada, más gruesa. Ya se vé, con los años y los pesares había engordado. Pero eso no era un mal, al contrario. Don Ramiro no tenía el mal gusto de preferir las mujeres flacas. No señor, le gustaban las gorditas, y Soledad ¡válgame Dios! Soledad estaba... en punto.

Ella tambien lo aperció y entonces él lleno de gozo



sacó su galera y la saludó bien alto. Ella primero se quedó seria, extrañada, mirándolo, pero luego estalló en una carcajada larga, inextinguible, homérica. Don Ramiro se quedó algo perplejo, pero pronto recordó que Soledad siempre había sido muy risueña, y, naturalmente; se refa de contenta. Repitió su saludo una, dos, tres veces, y cada vez Soledad le contestaba con risa irresistible. Lo que más extrañaba á don Ramiro era que los demás pasajeros se refan como Soledad; pero se dijo para sus adentros: Ya se vé, como que ella es tan espiritual y tan chusca, los habrá contagiado.

En cuanto atracó el vaporcito saltó don Ramiro con la ligereza de un joven á bordo del paquete y corrió hácia Soledad. Al acercársele sacó de nuevo su galera y... la frase tierna y cariñosa que iba á decirle se le atravesó en la lengua. Soledad había de nuevo prorrumpido en carcajadas que por más esfuerzos que hacía ne podía reprimir.

Don Ramiro, pálido trémulo, la miraba, miraba á su vez á los demás pasajeros que también se reían á mandíbula batiente, y creía volverse loco.

Cuando á una señal de Soledad, vió su petuca encajada en la galera, y haciendo un viaje aereo con ella, sintió que el alma se le iba al estómago y el estómago á las narices.

Y mientras tanto, los pasajeros rie que rie!... ¿Pero cómo Don Ramiro no asesinó aquel día á alguien?

MIRIAM.

ENTRE DOS FUERZAS NOVELA

FOR

ARTURO A. GIMENEZ

IV

(Continuación)

La charla se había suspendido un momento y él continuaba abstraído, mirando á Orfilia.

—¡Pero qué pensativo está Daniel! dijo la niña observándolo. ¡Qué pensativo!

—¿Yo?...

—Sí, sí. ¿En qué piensa tanto? preguntó cambiando su tono de ave alegre por aquel tonillo algo avergonzado que empleaba siempre al dirigirse á él. ¿No tiene nada que contarme?

—Nada que no le hayan contado ya, dijo él.

—¡Pero no me dicen ustedes nada de mis amigas! ¿No ha venido Cora?

—Sí, estuvo una tarde, respondió Isabel con su voz suave. La que ha venido muchas veces, todos los domingos, es Delia.

—¿Sí? ¡Qué milagro! Ella que no venía nunca...

—Hemos ido a la playa con Mario.

Mario conversaba, muy distraído, con Eusebio.

—¿Con Mario, todos los domingos? ¡Otro milagro!

—Pues mira, dijo Dolores con su acento malicioso; son dos milagros que podrian explicarse el uno por el otro. ¿No es cierto, Mario?

—¿Qué? ¿De que se trata? preguntó Mario más rápidamente de lo que se pudiera esperarse, dada la atención que concedía á su plática con Eusebio.

—Que dicen que te has vuelto muy paseandero, dijo Orfilia.

—En ciertas ocasiones... agregó Dolores. Cuando se trata de acompañar damas...

—¡No había de ser usted la maliciosa! dijo con su acento cortado de muchacho a quien por primer vez se dirijen tales bromas con algun fundamento.

—¡Pero hijo, si...

—Bueno, bueno, interrumpió Orfilia mostrando no hallar gran placer en aquella conversacion; no le regalen más el oído. Entonces, Cora ha venido una sola vez? ¡Qué pícaro! Vamos a mandarla buscar ¿quieres, mamá?

Desde que llegó la amigueta redobló el bullicio.

Cora Villegas era una morochita vivaracha y alegre, que gozaba, como quien tiene conciencia del verdadero valor de la juventud, de sus recién cumplidos diez y ocho años, los cuales parecían querer desbordarse siempre en forma de chispeante alegría, como si fuese demasiado estrecho para contenerlos, aquel cuerpo menudo e inquieto que ellos habían formado. No era bonita, pero su rostro muy expresivo y movable, siempre animado por una sonrisa picaresca, y sus ojos charlatanes y sonrientes la hacían agradable. La boca era grande, como todas las bocas destinadas a dilatarse con risa franca y espontánea; era una boca en que continuamente retozaba la alegría y en cuyas comisuras siempre en movimiento con contracciones de eterno deseo de risa, parecía hacer cosquillas la picardía femenina.

Entre ella y Orfilia no dejaron á Mario distraerse un solo momento en aquel día; Cora, particularmente, ponía grandísimo empeño en oponerse a ello atrayendo su

atención de un lado a otro con los jiros de su espiritual conversacion, como arrastra la mirada el revoloteo caprichoso de una mariposa juguetera.

—¿Conque te has mareado? decía a Orfilia en un grupito que habían formado con Mario.

—¡Ah! En el viaje de ida, mucho.

—¿I no te han contado de una persona que sin necesidad de ir embarcada empieza a marearse?

—¿De veras? dijo Orfilia que, siguiendo la dirección de la maliciosa mirada de Cora había visto dirigirse a Mario.

Él sonreía, algo ruboroso.

—Sí, hija, añadió la morochita; se marea en tren.

—¡Vaya una cosa curiosa! ¿I quien es esa persona? preguntó Mario no queriendo rehuir el ataque.

—Dicen que se parece por detras á un señor don Mario Escalante...

—¡Bah! contestó con su tono pretencioso de hombre seguro de sí mismo, casi ridículo a su edad, más empeñado en que nadie conociera su secreto en aquellos días en que se había decidido a caer. ¡Bah! No lo creo. No ha de tener tan débil la cabeza el caballero ese como para...

—¿La cabeza? Tal vez; pero ¿y el corazón?

—¿Qué? contestó; esa es potencia secundaria, que no hará sino lo que quiera la cabeza.

—¿De veras? ¡Qué seguridad! Pues que no llegue a marearse nunca, entonces, ni a recibir calabazas porque...

—¿Por qué?

—Porque si le hacen efecto, como a muchos que yo he conocido, hará un papel muy ridículo; todo un *papelón*! El del que no teme la guerra... cuando está lejos y encerradito!

La frase le hizo pensar, bajo su sonrisa confiada. Era el aviso del peligro, del ridículo tan temido, y aquellas risas que la siguieron parecíanle tan crueles e irritantes como si ya estuviera él en el caso de merecerlas, en el caso del enamorado burlado, rechazado mil veces y empeñándose aún en ser atendido, importuno ya con su porfía, llevando siempre abierta aquella herida cuya sangre ahoga hasta la dignidad, obstinándose en lamer la mano que le ha maltratado, cubierto por la túnica roja del ridículo sin importársele ya de ello un ardite en el enervamiento final de su voluntad, adormecida por el ansia de amor toda su energía.

No obstante, aquello pasó pronto.

—Soy un tonto, pensó; siempre he de hacerme héroe de circunstancias extraordinarias. ¡Claro; si lo excepcional solo a mí espera para producirse!

I continuó dejándose marear por Cora, mucho más espiritual que él, ciertamente, porque ante las mujeres, sus diez y siete años, vividos lejos de ellas, le echaban encima una pesada capa de cortedad, oprimente, implacable, de que no bastaban a librarle todas las escitaciones de su amor propio mortificado bajo aquella terrible presión de la timidez.

Con todo, estaba contento aquel día; en cambio Daniel estaba más silencioso que de ordinario aunque seguramente, no podría atribuirse a la influencia de un pensamiento triste su preocupación.

—Hemos pasado un día divertido, decía a la tarde a Mario cuando iban a acompañar a Eusebio que se embarcó el mismo día, como lo dijera.

Había sido, en efecto, muy divertido, y Mario convino en ello; pero en los siguientes aquel bullicioso desfile de amiguitas llegó a parecerle cosa muy pesada, pues se había ya acostumbrado a su cómoda soledad, tan propia para soñar, y tanto más necesaria en aquellos días de expectativa.

Ya varias veces, al notar sus momentos de inquietud febriciente, había preguntado Orfilia:

—Pero ¿qué te pasa?

—¡Nada! ¿qué me ha de pasar? respondía él, siempre dominado por su afán de que nadie notara una influencia extraña en aquel estado anormal de su ánimo.

Finalmente, el domingo llegó; ese domingo que el joven había señalado para echar los dados que decidirían de su suerte en aquel torneo del amor propio empeñado en la conquista de un amor verdadero, juego de mala fe en el que muchos tahures del sentimiento ejercitan su destreza.

Desde temprano el joven se había ocupado en arreglar algo su persona y traje que se mostraban, por lo jeneral, descuidados, tratando de componerse con cierta elegancia, cosa que no lograba del todo, con su cuerpo poco acostumbrado a esa distinguida tiesura y al empleo de ademanes perfectamente estudiados y clasificados para su correcta aplicación en las correspondientes circunstancias, que tanto asemejan el hombre a un maniquí de resorte.

(Continuará.)



MENUDENCIAS



—¿Es cierto, hija, que a los ojos de los
dun esa forma, así, redondeada, arri-
ta, para que no agujeren el cielo?

Pagés Ortiz, nuestro haraganísimo colaborador, vá á exponer desde mañana en lo de Maveroff, un notable retrato al óleo de Don Martin Perez.

Pagés, que aquí es más conocido como paisajista que como retratista, muestra en él que todo lo hace bien. Hemos visto el retrato en el taller, y es de notable parecido y excelente ejecución.

Vayan ustedes á verlo.

**

Pedro es mudo como un poste
y el pobre vive aburrido,
siempre en su casa metido
sin decir oste ni moste.

Y por eso Lucio Brasa
que es diputado, sin seso
dice que entra en el Congreso
como Pedro por su casa.

**

El número de la "Revista Nacional de literatura y ciencias sociales" repartido el domingo, demuestra que el espíritu y entusiasmo de sus directores no decae un momento.

Es interesantísimo. Trae producciones de Adela Castell, de Ferreira, de Varzi que ahora empieza á dedicarse á lo serio, de Rodó, de Perez Petit, de Bernardez etc. etc.

Leyendo las firmas, díganme ustedes si el colega no es de lo mejor que se ha publicado aquí en su jénero.

**

A Melchor dijo Dolores
que es la flor de las cocottes.

—¿Me quieres?

—Con mil amores.

—Y tú á mí?

—Con mil pesotes.

**

De *La Razon*:

"Decididamente la política de nuestro país es una verdadera *boite aux surprises*".
Esto, se puede expresar en español, diciendo *caja de sorpresa*.

Pero es necesario que la jente no lo entienda, y que tenga entendido que el escritor sabe frances.

**

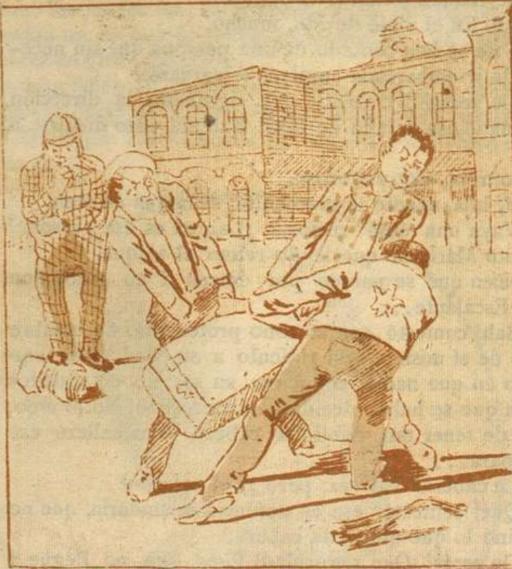
Otra del mismo:

"EL FRIO—De la gacetilla de *El Bien* sacamos este cuadro encantador, sobre el frio que tiene frescura, colorido... etc."

Tengo por cosa segura
que fuera el sueltista un tío
si, ocupándose del *frio*
no díera al cuadro *frescura*.

LA GRACIA AJENA

TRES AL SACO POR ROJAS



LA FUENTE MÁGICA POR ROJAS



LITOGRAFIA
Y
TIPOGRAFIA

Tarjetas, rótulos accio-
nes, circulares, letras de
cambio, cheques, confor-
mes, memorandums, pla-
nos, diplomas, músicas,
etc., etc.

Calle Treinta y Tres, núms. 87 y 93.

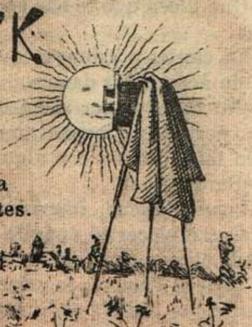
OJO

Hacemos presente á los que aún no
hayan enviado sus colecciones para
encuadernar, y muy especialmente á
los señores suscritores de campaña,
que aquellos que lo deseen, deben
enviarlas cuanto antes, pues estan-
do por acabarse las cubiertas espe-
ciales que mandamos hacer, en tela,
y con el título dorado á fuego al fren-
te, nos urje saber las que faltan para
mandar hacer la cantidad necesaria.
Para los que no hayan leído el avi-
so anteriormente publicado, repeti-
mos que el precio de la encuaderna-
ción, apesar del lujo de ésta, es de
Pesos 1.50 el tomo.

¿Una mas?
MANUFACTURA DE TABACOS
HABANO XXX
GARANTIDO

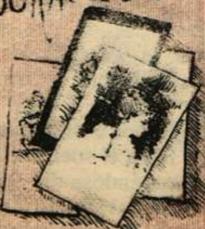
FOTOGRAFIA
DE INGLESA
FITZPATRICK

Hace esta fotografia
Retratos tan excelentes
Que á ella acuden á porfia
Las más distinguidas gentes.



F CALLEGARIS
ESTUDIO FOTOGRAFICO
IBICUI 208

Fotografia de moda
por la high life preferida
donde se retrata toda
la gente más distinguida.



AL POLO
BAMBA

CASA ESPECIAL EN CAFÉ
CALLE COLONIA, 2, 4, 6, 8

Da el «Polo Bamba» un café
de clase tan superior
que beber no logra usted
en el mundo otro mejor.



EL ANTICUARIO



Vende, compra y revende El Anticuario
libros viejos, vulgares, nuevos, raros,
y, por más que parezca extraordinario
los paga bien y no los vende caros.

Calle 18 de Julio, núm. 184.

Estudio Fotografico
de DOLCEHER

Calle Sarandí 359

Retratos modernos de busto
á la romana

A Dolce, es ya cosa vista
nadie á retratar le gana
y, como es todo un artista,
no hay niña que se resista
á vestirse de romana.

